

Adolfo Bioy Casares

*Borges*

Edición al cuidado de Daniel Martino

*Whatever is mine in this book is inscribed  
to Dario and Giovanni Martino,  
in memoriam.*

D. M.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,  
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión  
en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico,  
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el  
permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

© Daniel Martino y Herederos de Adolfo Bioy Casares.  
© Ediciones Destino, S. A.

Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona  
[www.edestino.es](http://www.edestino.es)

© de la edición, Daniel Martino

Primera edición: octubre 2006

ISBN-13: 978-84-239-9879-3

ISBN-10: 84-239-9879-8

Depósito legal: M. 38.757-2006

Impreso por Mateu Cromo, S.A.

Impreso en España - Printed in Spain

**Miércoles, 26 de enero.** Visito a Borges. Silvina me comunica que los análisis de Borges revelan que las úlceras están mal y que hay que operar cuanto antes. Me dice también que la madre de Borges me llamó hace un rato, desesperada. Silvina opina que Borges debería consultar con Beretevide. Le pido que llame a la madre, le proponga eso; que en caso de aceptación, hable con Beretevide y le pida que examine a Borges antes de irse a Mar del Plata.

**Jueves, 27 de enero.** Visito a Borges. Me dice que los norteamericanos no saben ser realistas. Pueden ser románticos, como Poe, pueden ser Melville, Hawthorne o Faulkner, pero cuando quieren ser realistas no son convincentes y son sentimentales. Cuando quieren ser muy duros —ser Hernández o Ascasubi— se vuelven indefectiblemente lacrimosos. Practican el *sob-stuff*..., la dulzura de Nervo. Hay una vasta zona intermedia casi inexplorada. La acumulación de horrores debe imponerse como en una pesadilla (así, el final de *Gulliver*, con los *yahoos* cagando desde arriba de los árboles,<sup>1</sup> así Faulkner); en Tennessee Williams la acumulación de horrores parece deliberada y no oculta el sentimentalismo.

BORGES: «Nuestro mito es la pelea a cuchillo. En Estanislao del Campo está muy de paso; en Hidalgo no está; tal vez tampoco en Ascasubi. No pusieron pelea a cuchillo y se jodieron. Hernández la puso y los jodió. Los uruguayos inventaron un duelo a caballo, con lanzas; ha de ser decorativo, como un torneo, pero uno siente que es un pretexto para no pelear a cuchillo, un hombre contra otro, que es la verdad, *the real thing*. En tu libro esa pelea salva a todos, incluso al doctor Valerga. Está bien que sea Valerga contra Gauna y que los muchachos no intervengan. La pelea de Fierro contra la partida no se cree; Vicente Rossi dijo que los soldados de la partida son como actores, que pelean sucesivamente, para que se luzca Martín Fierro.<sup>2</sup> La batalla de Chacabuco, todas las guerras con lanzas y cargas de caballería, los cuatro años de guerra del Brasil, satisfacen menos que un duelo a cuchillo. Qué raros son los mitos: inexplicables. Así eran los piratas para Stevenson. Tuvo que ponerlos —si no tenía los tricornos y el sable de abordaje no estaba satisfecho— en el

1. *Gulliver's Travels* (1726), IV, 1.

2. «[La pelea] parece un campeonato "de eliminación"; los aspirantes van desfilando a oscuras y en riguroso orden y el gaucho Martín los va despachando jugándole risa.» [Rossi, V., *Folletoes languaraces* (1945)].

*Master of Ballantyne*, lo que es absurdo». Habla también de un capítulo que habría que agregar al Quijote, un capítulo que Cervantes cuidadosamente evitó: Quijote se pasa la vida peleando, pero no mata a un hombre. ¿Qué pasaría si matara a alguien? ¿Enloquecería del todo o se curaría de la locura? ¿O entendería que su locura fue simulada? Sancho se entusiasmaría; le diría que ha matado a un caballero de nombre impresionante; Quijote, con tristeza, le replicaría que no, que mató a su vecino fulano de tal, hijo de tal y casado con tal; y que haberlo matado es horrible. No habría que escribir ese capítulo con afectación arcaica —*diz que, en otra—*; a Cervantes no le interesaban esas cosas; habría que escribirloicamente.

Dice que los germánicos (los escandinavos) no tenían la obsesión de su cultura; en Normandía se hicieron franceses; en Inglaterra, ingleses. Los ingleses siguen con esa tradición: no quieren imponer su cultura. Femen Cultural Inglesa porque todos los países tienen instituciones así; pero cuando él habla en ella a nadie asombra que diga que lo mejor de Chaucer viene de Italia; en cambio en una institución francesa está mal visto no enfatizar el lado francés. Tal vez inspirados por la *Germania* de Tacito, los alemanes, que no saben casi nada de su mitología ni de sus orígenes, se aferran a la idea del germanismo. Es bastante patético: ellos, que fueron el campo de batalla en que se encontraron todos los ejércitos del mundo, la encrucijada, el quilombo del mundo, hablan de raza pura. Va a preparar un libro de estudios medievales: ocho dantescos, ocho germánicos, alguno sobre el *Mabinogion*.

Vuelvo a visitarlo, con Lucio García. Lo revisa: no hay que operar ahora las úlceras y no es urgente operarlas.

**Viernes, 28 de enero.** En casa de Borges, con Lucio.

**Domingo, 30 de enero.** Visita a Borges. Me habla del patético destino de un tal Thorkelín,<sup>2</sup> erudito danés que dedicó su vida a tareas equivocadas. Borges dictó a su madre una nota sobre Thorkelín para el libro de estudios germánicos.

1. Cf. «Un problema» (1957).

2. Dedicó veintinueve años a preparar una edición latina del *Beowulf*; en 1807, perdió el manuscrito en un ataque inglés a Copenhague; lo rehizo y lo publicó en 1815. Hoy, esa obra casi no tiene otro valor que el de una curiosidad literaria» [B-V (1965)].

liso». BIOY: «Es que ella no escribiría *Yo fui el cariñoso*, sino *Yo fui la mapatosa*». BORGES: «A todos nos pasa un poco lo que le pasa a Mastrorand». BIOY: «En menor grado». BORGES: «En menor grado. El que se salva más es Banchs, porque es el menos personal de los poetas. Escribe con toda la literatura. Por lo menos, con toda la literatura del soneto. No puede no se lo puede reducir a tres o cuatro efectos o manías».

BIOY: «En *La Nación* del domingo pasado salió un artículo de Etchebarne sobre "El tema de la costurerita"». BORGES: «Son pésimos esos artículos de Etchebarne». BIOY: «Así es. En este último encontré una cita de un libro mío de 1933.<sup>1</sup> Me dio un cierto agrado: ya me he olvidado de esos libros, pertenecen a un pasado muy remoto, y, viéndolo citado en el diario, tuve la impresión de que asistía a mi propia posteridad. Ese agrado duró hasta que leí la frase. ¿Sabés cómo era mi frase? Era así: "De pronto, en la semioscuridad que abribonaba la calle"». BORGES: «No puedo ser que hayas escrito eso». BIOY: «Sí. Ya el sustantivo *abribón* es bastante feo. ¿qué te parece el verbo?». BORGES: «Al principio no lo entendí. Te pasó como a Norah Lange, o a Willie [Borges], no recuerdo cuál; había comprado un diccionario y escribió: *La luna agitanada*. *La luna gitana* no es mucho; pero *agitanada* es todavía menos». BIOY: «¿Y qué te parece? Cuando Etchebarne transcribió la frase, ¿habrá advertido cuán absurda era?». BORGES: «No. Él transcribe, porque le conviene para su tema, pero no siente ni entiende; sigue no más. Uno creería que esas citas son hostiles: no lo son». BIOY: «No, no creo que lo sean; sin embargo, cuando él escribe no comete errores así». BORGES: «Corresponden a una época. Al ultraísmo. Entonces los atardeceres eran capaces de cualquier cosa, podían tener los complementos directos más absurdos. Yo creo que el consejo que hay que dar a los jóvenes es: ante todo, evitar lo expresivo. Hay que escribir confiando en el idioma. A lo más, se puede insinuar. Si uno quiere ser expresivo, se cae en frases como "Temperley, árboles y quintas y trenes" y *tilinguerías* por el estilo. Es claro que si decimos solamente *Temperley*, con el tiempo la imagen que queremos transmitir habrá cambiado: *Temperley* en un escrito nuestro, leído dentro de mil años, quien sabe qué significado tendrá». BIOY: «Pero de todos modos es mejor escribir *tigre* que decir *un susto a rayas*». BORGES: «Esos pecados de vanidad es mejor haberlos cometido. Un escritor como Wells, que nunca los cometió, en cualquier momento puede caer en la tentación». BIOY: «La ten-

1. La cita es del cuento «La tarde en que murió Yrigoyen» [17 disparos contra lo porvenir] (1933).

ción siempre acecha. Yo tenía que decir que unos enamorados se asomaban a una ventana. Escribí: *Enamorados entrelazados*. Después taché *entrelazados*, pero por un minuto ahí estaba». BORGES: «No está mal, *enamorados entrelazados*». BIOY: «Para un poema, no estará mal; en prosa sí. No sé qué ataque de literatura o de vanidad le dio al autor». BORGES: «Cuando uno es muy joven cree que escribir de otro modo —no expresivo— no es escribir. Sin embargo, uno se emocionaba, reía y lloraba, con autores que, según nuestro criterio de entonces, escribían mal». BIOY: «Para mí escribir era elaborar cadenas de frases expresivas —además: con imperalismo idiomático, empleando palabras y aun frases hechas que nunca había empleado; colonizándolas, por así decirlo—». BORGES: «El estilo resulta así muy inconexo. ¿Qué te parece Lugones?». BIOY: «En quinientos años hubiera aprendido a escribir». BORGES: «No supo nunca escribir en un estilo tranquilo. O es literario, con ópalos y crisoberilos, o material, con la *enmienda pertinente*,<sup>1</sup> que comporta de suyo. Quevedo nunca hubiera aprendido a escribir. Yo creía que era mejor que Góngora, pero Góngora es capaz de emocionarse y de comunicar emoción».

Cita versos del poema sobre Córdoba.<sup>2</sup> Después dice el poema de Quevedo sobre el Duque de Osuna:<sup>3</sup>

*Faltar pudo su patria al grande Osuna,  
pero no a su defensa sus hazañas;  
¿diéronle muerte y cárcel las Españas,  
de quien él hizo esclava la Fortuna.*

*Lloraron sus invidias una a una  
con las propias naciones las extrañas;  
su tumba son de Flandes las campañas,  
y su epitafio la sangrienta Luna.*

*En sus exequias encendió al Vesubio  
Parténope, y Trinacria al Mongibelo;  
el llanto militar creció en diluvio.*

1. «A los ganados y a las mieses» [Odas seculares (1910)]: «Reclamemos la enmienda pertinente/ del Código Rural cuya reforma/ en la nobleza del derecho agrícola/ y en la libertad pecuaria tiene normas».

2. GÓNGORA, L. de, «A Córdoba» (p. 1633).

3. «Inscripción en el túmulo de don Pedro Girón, duque de Osuna» (1624).

*Dióle el mejor lugar Marte en su cielo;  
la Mosa, el Rhin, el Tajo y el Danubio  
murmuran con dolor su desconsuelo.*

BIOY: «No es malo». BORGES: «Pero no tiene ninguna emoción. Es  
bricado... y qué diferencia con el soneto de Wordsworth, del señor que  
arraigó una arboleda:

[...] *Many hearts deplored  
The fate of those old Trees; and oft with pain  
The traveller, at this day, will stop and gaze  
On wrongs, which Nature scarcely seems to heed [...].*<sup>1</sup>

Wordsworth evita la tentación de mostrar a toda la naturaleza doliente

*Dióle el mejor lugar Marte en su cielo.*

Qué idea y qué verso. *El mejor lugar*, con vista al río. Cuando dice el  
duque de Osuna que muerto estaba preso, no imagina nada, no imagina  
lo que significa estar muerto. Uno siempre dice:

*Faltar pudo a su patria el grande Osuna*

que es mejor, más verosímil y hasta más noble.

*Faltar pudo su patria al grande Osuna*

casi no se puede decir». Recuerda anécdotas que muestran al *Grande*  
Osuna como un completo *rastacuer*. BIOY: «Sin duda hubo un tiempo en  
que se admiraba a los *rastacueros*; en que nadie había descubierto todavía que  
ser *rastacuer* era un poco vulgar».

En comparación con Quevedo, alego a Lope: Borges conviene com-  
migo en que Lope escribía más agradablemente. «Tiene sonetos muy  
extraordinarios», dice. Asegura que uno puede leer a Quevedo, poemas  
y poemas, sin encontrar emoción alguna ni intimidad. Góngora es mi-

1. [Muchos corazones deploraron/ el destino de esos árboles venerables; y a menudo con dolor  
viajero, hoy día, se detendrá y contemplará/ delitos, en los que la naturaleza apenas repara.] Soneto  
«Degenerate Douglas! Oh, the unworthy Lord!» [Poems (1807)].

po y Lope mucho mejor. «No sé cómo puede admirar tanto a Quevedo»,  
dice hoye.

Hablamos de Mallea. BORGES: «Escribe mal, pero sin deliberación,  
por eso. Escribe *silencio obscuro*: es feo, puede uno creer que es literatura;  
pero sabe por qué lo ha escrito. En Donne hay versos lindos, pero tam-  
bién hay mucha fealdad. ¿Cómo hay que escribir?». BIOY: «Lisamente,  
con armonía, tratando de comunicarse con el lector, no de rechazarlo».  
BORGES: «Como escribe Moore. Sin embargo, mirá cómo empezó». BIOY:  
«En manera de escribir absurda, que teníamos en nuestros comienzos,  
pero así como disciplina. Nos enseña a evitar descuidos. Tal vez lo que  
pueda uno lograr de vez en cuando es una alusión leve y no insistida.  
Para encontrarla, aquella disciplina nos sirvió. En la Biblia hay frases así:  
que comunican por alusión feliz. No puede uno escribir un libro hecho  
de frases». BORGES: «Tal vez Stevenson puede escribir con frases com-  
plicadas, sin que se noten complicadas. ¿Y Chesterton? Bueno, todo en  
ellos es como un juego de marionetas». BIOY: «Uno entra en el juego y lo  
acepta. Nada rompe el estilo. Bueno, tal vez esta argumentación podría  
emplearse para defender a Larreta. Pero Larreta juega mal su juego, y su  
juego es poco interesante». BORGES: «A los españoles les gusta un vaivén  
habrá, esto y aquello:

*Faltar pudo su patria al grande Osuna  
pero no a su defensa sus hazañas.*

Bueno, si les gusta es inobjetable». BIOY: «Y qué me decís del co-  
mienzo del famoso soneto:

*No me mueve, mi Dios, para quererte  
el cielo que me tienes prometido,  
ni me mueve el infierno tan temido  
para dejar por eso de ofenderte.*

«Qué me decís del *por eso*?». BORGES: «¿Qué significa el *por eso*? ¿Te-  
nía que el desmemoriado lector se olvide? Pero *el infierno tan temido* está  
muy cerca para olvidarlo. Vos sos la primera persona que ha no-  
tado la anomalía de esos versos. Si uno los hubiera escrito, a la mañana  
siguiente llamaría a la imprenta para que no los publicaran. Sería un  
stop press. Además, el primer verso parece:

Espasa Calpe),<sup>1</sup> corregir el texto, confrontándolo con otras ediciones), aplicar las notas (de las que tenemos copia), buscando el lugar que a cada una corresponde. Trabajamos a las carcajadas, como cuando escribíamos los cuentos de Bustos Domecq.

**Sábado, 24 de agosto.** Por la mañana, vamos con Silvina a comprar regalos para Borges, que cumple años. Silvina le compra una trunca de oro para corbata; yo, un frasco de agua de Colonia de Jean Marie Farina y, para que Marta le regale, una caja de jabones.

Por la tarde, voy a la Biblioteca Nacional, donde hablará Lanza del Vasto. Allí están: Alicia Jurado, con un sombrero de plumas celestes, melosa y suave; Delfina Mitre, linda, con forma de pera, con lazos y dobleces en la parte ancha de la pera; la Princesa; Susana Chica Salas, que no es una belleza, como Borges me había dicho, pero con quien simpatizo en el acto. Al rato llega Lanza del Vasto, alto, barbudo, vestido de tenista, o poco menos. Me intercalo entre la Princesa y Susana Chica Salas. La conferencia, dicha en un lento italiano, que sugiere que el italiano y el español son el mismo idioma, versa sobre la no violencia, se caracteriza por la naturalidad primaria, el vuelo medíocre, no desprovisto, eso sí, de errores de lógica y de argumentos discutibles. En el esfuerzo de ganar a Cristo para la no violencia, dice que el echar a los mercaderes del templo no fue un acto de bido a un arranque de violencia sino un acto ejemplar. (Borges comentó después: «Para los mercaderes azotados, ¿no fue violento?»). También se pregunta si ése sería un acto hecho por Cristo en su naturaleza de hombre o de Dios. Yo le digo que Cristo no era todo mansedumbre, que no sé si es justa la pretensión de Lanza del Vasto de enrolarlo en su causa; que Jesús dijo que sería como una espada entre padres e hijos, etcétera. Bombardeó «Cristo debió de ser un hombre violento. Desde luego, muy extraño y muy complejo». Recuerda el juicio de Chesterton, acerca de que lo característico de un personaje es que todo lo que diga sea inesperado y que, al mismo tiempo, se sienta como propio de ese carácter; el ejemplo, Jesús en los Evangelios.) La conferencia (*cónfera*, diría Xul) acaba por plantear un dilema que resolvería el destino de la Humanidad: la no violencia, que significa la vida, y la ciencia, que representa la Bomba (con mayúscula) y la muerte; el árbol de la ciencia, del bien y del mal, de la vida y de la muerte. Dice también Lanza del Vasto: si se inventa la bomba, hay que venderla al gobierno; si se vende al gobierno, hay que venderla al enemigo; si se la

1. Madrid: Espasa Calpe («Biblioteca de Filósofos Españoles»), 1929.

1957  
bomba hay que usarla. (BORGES: «¿A qué viene todo este ataque a la ciencia?»). BORGES: «La ciencia es un instrumento, puede llevar a buenas obras y a malas obras». BORGES: «¿Dónde empieza el ataque a la ciencia y al progreso?» Lao Tse atribuía todas las calamidades a la invención del camino.<sup>1</sup> Lanza del Vasto ataca a la ciencia, pero viaja en barcos y en aviones, y transmite su conferencia por radio. Si no hubiera imprenta y diarios, la campaña de no violencia de Gandhi hubiera fracasado. Además, ¿por qué acusar de venalidad a los hombres de ciencia? Yo los imagino como imaginó a Wells, no creo que Wells hubiera vendido la bomba con fines perversos. Todo esto de la bomba me pareció *irrelevant and cheap*. BORGES: «No creo que la obediencia a razones, sino a sentimientos. Mucha gente participa de ellos en lugares comunes. Corresponde a *Menosprecio de corte y alabanza de ella*». BORGES: «¿Dónde pone uno el límite de los inventos que acepta? ¿En su infancia? ¿Admitimos el tren, pero no el automóvil? ¿O el automóvil pero no el avión? ¿Las casas de dos pisos, pero no las de veinte? Al fin y al cabo, mucho más rara y revolucionaria es una casa que una casa de veinte pisos. Mayor salto hay de la cueva a la casa que de una casa a otra. En cualquier casa están prefiguradas todas las casas posibles».) Por la noche, después de comer, trabajamos en *Agudeza y arte de ingenio*. Borges dice sobre Gracián: «El inconveniente de estos análisis es que guardan relación con el placer estético que producen los textos.

*Velero bosque de árboles poblado,  
que visten hojas de inquieto lino...<sup>2</sup>*

*Las selvas hizo navegar<sup>3</sup>*

son iguales ante este tipo de análisis. Pero el primer ejemplo, de Góngora, es complicado y tonto, mientras que el segundo, de Quevedo, es abominable. Qué raro: Góngora, razonador; Quevedo, poeta. En ese mo-

1. La argumentación de Borges está tomada de RUSSELL, B., «What I Believe» [*Why I am not a Christian* (1957)], aun el ejemplo: «*Lao-Tze objects to roads and carriages and boats, all of which were probably unknown in the village where he was born*».

2. GÓNGORA, L. de, «A la embarcación en que se entendió pasaron a Nueva España los portugueses de Ayamonte» (p. 1633).

3. QUEVEDO, F. de, «Inscripción de la estatua augusta del César Carlos Quinto en Aranjuez» (p. 1618).

ses; no es lo mismo con González Lanuza. Ulyses tiene algún buen verso:

*La besada plata de las medallas.<sup>1</sup>*

González Lanuza no escribió nada tan bueno. *Toda* su obra no vale nada. En el famoso "Poema para ser grabado en un disco de fonógrafo" hay muchas idioteces... Sin duda, en los últimos poemas, los versos, la sola línea que me guste, me conmueva, que me importe... En cambio, en los poemas de ese compadrón de Olivari, que no valen nada desde luego, hay a veces algo que uno siente como poesía. Toda esa poesía [de González Lanuza] proviene de Lugones. Tiene razón Croce: el *descriptivismo* es un error; la poesía no sirve para describir insectos o gallipavos.

**Jueves, 3 de septiembre.** Come en casa Borges. Leemos sonetos de Góngora. Leo:

*Menos solicitó veloz saeta  
destinada señal, que mordió aguda;  
agonal carro por la arena muda  
no coronó con más silencio meta,  
que presurosa corre, que secreta  
a su fin nuestra edad. A quien lo duda  
fiera que sea de razón desnuda,  
cada sol repetido es un cometa.*

*¿Confíesalo Cartago y tú lo ignoras?  
Peligro corres, Licio, si porfías  
en seguir sombras y abrazar engaños.*

*Mal te perdonarán a ti las horas;  
las horas que limando están los días,  
los días que royendo están los años.<sup>2</sup>*

1. «[...] la besada plata de las medallas con santos» [«Espléndida marca de lapidario». In: *Marca de lágrimas* (1937)].

2. Soneto «De la brevedad engañosa de la vida» (p. 1633).

BORGES: «¿Viste? El mejor poema de Quevedo lo escribió Góngora. Además, Góngora escribió ese tipo de sonetos antes que Quevedo. Porque es de Góngora, los críticos no lo encontraron representativo del resto de la obra, no supieron qué hacer con él y no es famoso. ¿Cómo escribió *menos solicitó veloz saeta* en el primer verso? Bueno, quién sabe cómo pronunciaba: *Meno sholicitó veloz shaeta*... Imagino que esa dureza de la *sh* deliberada, para imitar sin duda el silbido de la flecha.

*¿Confíesalo Cartago y tú lo ignoras?*

Esta oposición le salió bien. Lástima que en Góngora haya esa voluntad de simetrías, tan española».

Recita:

*Servía en Orán al Rey  
un español con dos lanzas,  
y con el alma y la vida  
a una gallarda africana.<sup>1</sup>*

Dice que *con el alma y la vida* equivalía a *con su alma y con su alma*.

Leemos las anécdotas recogidas en el apéndice de la edición de Aguiar.<sup>2</sup> BORGES: «Qué lejos estamos de España. Es como si leyéramos noticias sobre los persas, o los esquimales. Se ve que le gustaba plantar frescas. Esas bromas no son buenas, pero ¿qué puede quedar de una broma después de tantos años? (Sin embargo las bromas que se conservan de Voltaire no son tan malas...). Uno sigue leyendo porque piensa que ya las muchas anécdotas estarán agotadas... Qué vida: muy clerical, entre curas. Está bien que diga que tiene tan poca teología que mejor es que escriba cosas frívolas, para no caer en herejías».

**Sábado, 5 de septiembre.** Comen en casa Borges y Peyrou. PEYROU: «Capdevila va a mi escritorio, en *La Prensa*; exclama: "Ah, tigre. ¿Qué me cuenta?", y empieza a hablar. Los otros días va al escritorio; en mi lugar hay un fotógrafo; Capdevila le dice: "Ah, tigre. ¿Qué me cuenta?". Santos Collan chico, que está por ahí, le previene: "No es Peyrou". Capdevila dice: "Ah, ah", y queda cortado». BORGES: «Cailliet-Bois me dijo que

1. *Romances* (p. 1633), XVIII.

2. *Obra completa* [Madrid: Aguilar, 1935]. Edición de Isabel y Juan Millé y Jiménez.

gauchos, como los argentinos, no quería comprometerse. Ahí tenía el ejemplo de la pecadora y la primera piedra. Dar la otra mejilla es condenar metafóricamente la venganza. Hablaba por imágenes, porque sólo podía pensar por imágenes».

**Martes, 15 de septiembre.** Come en casa Borges. Nos fotografamos todos, incluso el cocinero, con mi torta de cumpleaños.

**Miércoles, 16 de septiembre.** El día antes de la visita de Nikita Khrushchev a los Estados Unidos, los rusos lanzan un proyectil, cargado con una bandera soviética, que llega a la luna. BORGES: «No son sutiles. Bueno, tal vez no quieran ser sutiles». El regalo que Krushchev lleva al presidente de los Estados Unidos es una *maquette* del proyectil y la bandera. BORGES: «¿Por qué creen que ese regalo va a gustar a Eisenhower? Bueno, no esperan que le guste. No ha de haber antecedentes de regalos así. Cuando, en la Historia, se han regalado elefantes, había alguna duda un propósito de *se vanter* de tenerlos, pero también se quería dar placer... Desde que los rusos mandaron el primer cohete las cosas van mal. Los norteamericanos no debieron replicar al poco tiempo con otro cohete. No creo que sean artículos de primera necesidad, lo que en esta época la gente necesita. En realidad, esta polémica recuerda la del guapo Paredes e Ibarra; Paredes decía: "Me va a acompañar en una cervecita", e Ibarra, muerto de miedo y dominado, tenía que beberla aunque no quisiera. Rusia es Paredes y manda en la situación. Sin duda los norteamericanos están ahora planeando un cohete a la luna, pero mucho más chico, y que caerá en el patio de la casa de al lado, ¿Por qué, si total no va a llegar, no hacer uno inmenso? Un edificio al que llamen cohete... Sí, los pobres están totalmente idiotizados. Han dicho que los territorios de la luna, que ocupen rusos o norteamericanos, no deben pertenecer a rusos o a norteamericanos, sino a las Naciones Unidas. ¿Por qué rusos o norteamericanos? ¿Por qué no rusos o paraguayos, rusos o esquimales? La disyuntiva no existe... Qué raro que sean los rusos los que llegaron a la luna. La *science fiction*, los motores, las aventuras de vuelos solitarios, todo eso es la especialidad norteamericana. ¿O esto quiere decir que los rusos ya están conquistados por los norteamericanos y no hacen otra cosa que imitarlos? ¿Y por qué los comunistas mandan una bandera? ¿Cómo? ¿Siguen con los viejos símbolos medievales?».

Me dice que en la Facultad de Filosofía están pensando el desatino

amb, como si fueran una sola materia, la literatura inglesa (que ya incluye la norteamericana) con la alemana; la francesa con la italiana.

**Viernes, 18 de septiembre.** Hablo por teléfono con Borges. Me dice: «Tuve leyendo a Keats. ¿Sabés a quién se parece? Bueno, es un sacrilegio a la condesa de Noailles. Todo está lleno de hojas, plantas y botánica. Los adjetivos más frecuentes son *leafy* y *florid*. Y todo eso, fijate, no era para cantar una selva, sino una vegetación suburbana, de algún campito cerca de Londres, donde tomaría el té».

**Jueves, 24 de septiembre.** Borges fue a dar una conferencia a Morón. BORGES: «Tuve este diálogo con el intendente. Después de mi conferencia le dije: "Tal vez estuve un poco largo". "No crea —contestó con una actitud discriminatoria que recordaba a César Dabove—. No crea. Sin embargo podríamos haberlo oído diez, hasta cinco minutos más." No quería ser hostil».

Estuvo leyendo *Los últimos días de Kant* de De Quincey. BORGES: «¿Sabés qué me recordó? *Bouvard et Pécuchet*. En ambos libros ves la vida como un mecanismo. Esto es más patético en De Quincey, porque no describe la vida de dos idiotas, sino de un hombre inteligente. Las vidas de los que viven mucho se convierten en mecanismos. No quiero defender la incoherencia, pero creo que salen bien estas cosas cuando uno no se las propone; no creo que De Quincey al principio se propusiera ser satírico; empezó a escribir y la forma se le impuso. Otro ejemplo de forma que se impone —de hombre convertido en mecanismo— es el de Eduardo Gutiérrez, cuando Hormiga Negra se encuentra con el grupo rosarino, y ninguno de los dos tiene ganas de pelear, pero el propio prestigio y la expectativa de los que miran los obligan a hacerlo».

BORGES: «Fuimos a premiar los poemas de una exposición titulada *El poema ilustrado*. Qué poemas. Todos querían premiar uno de un hombre que tenía relojes en las rodillas. Un muchacho Bastianini —¿lo conocés?, un idiota— para censurar un poema decía: "No tiene una metáfora audaz". No se puede hablar con él. Sus opiniones sobre poesía son misteriosas. Dijo: "Lorca es un escritor moderno, pero su forma ya es clásica. No puede juzgar a Alberti quien no haya leído *Marinero en tierra*: libro for-

1 Borges incluye el «Duelo de Filemón Albormoz y Hormiga Negra» en su antología *El poema* (1970).



midable". Yo fingí no haberlo leído. Es una porquería, pero no es necesario leerlo: basta con conocer a Alberti. Premiamos un soneto muy *poetico*. Ya es algo. Qué gente estúpidamente escrupulosa. No se resquebraja dar a tal poema el primer premio, a tal otro el segundo. Yo les dije que los dieran al azar; que dentro de pocos siglos nadie se acordaría de los poemas, ni de los premios ni de las personas, que esta tarde, en Villa del Parque, estábamos discutiendo. Delia de Mateo no me entendió porque dijo que ella había recibido libros de poemas escritos en la avenida Alvear<sup>1</sup> y que eran malos. Tomás». Bioy: «Podría inventarse un personaje para un cuento, que llevara su intérprete, para evitar estas situaciones». BORGES: «Estaría furioso con el intérprete. Él diría frases complejas, imprecisas, y el intérprete las reduciría a lo más craso; por ejemplo, al anunciar a algo uno recurre a motivos muy elevados y a principios generales; el intérprete traduciría: "Dice que no se acepta, porque les tiene rabia" ... Tenés razón: casi todas las fealdades estilísticas se logran por procura de precisión, tratando de dar precisión al lenguaje. Habrá tan torpe que dice: "¿Cómo? ¿Pablo y Virginia? De ningún modo; esto es un libro, Pablo y Virginia son dos personas. ¿Los tres mosqueteros? ¡Por amor! ¿Cómo no ve que es un libro?". ¿Vos qué crees? ¿Llegarían a tal por torpeza o por deseo de precisión? Susana Bombal escribió que el personaje estaba *teclado* de virtudes. Quiso decir, supongo, que era un *teclado* de virtudes. Dijo también que se sentía *interceptada* de tal manera que quiso decir *excluida*». Bioy: «Cómo no siente que quien escribe se tiene infinitas trampas, que lo exhibirán al escarnio público». BORGES: «Yo, durante años, escribía muerto de miedo, consultando continuamente el diccionario».

Enojado con la Argentina, Vocos Lescano dice que quiere irse a los Estados Unidos. Le pide a Clemente que convenza a los directores de la empresa Ducilo de que quedarían muy bien regalando a la SADE la colección completa de *Sur*; que se la compren a Vocos por veinte mil pesos. A la comisión de la SADE la persuade de que pidan a Ducilo que les regale la colección completa de *Sur*, para la biblioteca de la SADE. Bioy imagina que hay algo siniestro detrás de esta acción tortuosa; que Vocos no quiere irse a los Estados Unidos, sino acercarse a la comisión de la SADE, de la que fue enemigo en la última elección; está dispuesto a regalarle gemas se explican porque de verdad quiere irse a los Estados Unidos y

1. *I.e.*, en el barrio elegante de Bs As, que contraponen al plebeyo Villa del Parque.

amente no sabe cómo. Su amiga acaba de irse». BORGES: «Vocos dijo que, en todas sus conferencias sobre poesía, González Lanuza mencionaba a dos poetas jóvenes: a Vocos Lescano y a María Elena Walsh; pero a Vocos Lescano no lo nombra más, porque estuvo en la lista con Walsh en las elecciones de la SADE; a María Elena Walsh sigue nombrando, porque estuvo en su lista».

Clemente: «Un filósofo norteamericano visitó al filósofo australiano Walker, muy viejo, muy cansado y un poco sordo. Walker preguntó a su visitante que se dedicaba. "The philosophy of business", contestó el otro. "What?", preguntó Walker. "The philosophy of business", contestó el otro. "What?", insistió Walker. "The philosophy of business", repitió el otro. Walker, recostándose en su silla y cerrando los ojos, comentó: "I give it up. I always hear the philosophy of business. It's useless [Me rindo. Le oigo siempre la filosofía de los negocios. Es inútil que me esfuerce]"».

**Domingo, 27 de septiembre.** Come en casa Borges. BORGES: «En las reuniones con un misterio, el autor lo revela al final —los fantasmas de la solución en las novelas policiales— o no lo explica. Cuando lo explica, el lector ha gozado de una magia provisoria, de una suerte de *magia* deligación; pero esta metáfora no debe llevarnos a afirmar que la explicación, la vuelta a la realidad, tiene que defraudar. Hay explicaciones que echan como una luz en el relato, que maravillan más que defraudan. Por ejemplo, en el (modesto) género policial: *La bestia debe morir*. Cuando el misterio no se explica, el lector atribuye esto a una deficiencia del autor. Pero Kafka no explica ni necesita explicar: su misterio es el misterio del mundo o de la vida». Bioy: «Participamos en sus relatos como en una novela de aventuras: sin embargo la acción ocurre como en un sueño. Seguimos con credulidad, como en un sueño, los "sueños". BORGES: «Kafka inventó un tipo totalmente nuevo de relato, pero, a diferencia de todos los inventores y precursores, ha sabido guardar su invento con notable economía y lucidez, utilizando una cantidad mínima de elementos. Esta sencillez de sus composiciones es uno de sus mayores méritos». Bioy: «Las personas que inventan algo difusamente pueden discernir bien y atender a varias cosas a la vez. Por ejemplo, Gracián, ocupado en buscar epítetos nuevos, no se cuida de que sean felices. Si comparamos a Joyce con Kafka, Joyce queda como una especie de Breton o Tzara». BORGES: «Sin embargo, Joyce escribió poemas muy lindas». Bioy: «Los méritos de Joyce son el talento verbal y una capacidad retórica que lo llevaba a momentos de verdadera elo-

BIOY: «Me parece muy verdadera. En el arte nos refugiamos de la mera mortalidad de la vida, de sus *dusty answers*». BORGES: «Parece que la sentencia correspondiera a una mejor teoría del arte que la del *art for art's sake*. Es claro que por ahí también se llega (pero Schiller no podía permitirlo) al dadaísmo y a todas las imbecilidades modernas». BIOY: «Buena, pero eso es la enfermedad de la teoría».

**Lunes, 11 de abril.** Come en casa Borges. Le cuento el argumento de «Un león en el bosque de Palermo»: lo aprueba.

Me habla de Guillermo de Torre: «A sus hijos les regalaba el envoltorio de los bombones, el papel plateado, con olor a chocolate. Los chicos veían eso como un testimonio del chocolate que les negaba: *enigma leonem*. Le tomaron rabia. Él creía que había sido muy generoso y él me preguntaba por “el regalo de papá”. Cuando la Facultad le propuso que se consagrara *full-time* a la docencia, protestó mucho, dijo: “¿Qué se creen? Yo gano más con otros trabajos”. Ahora está como loco esperando que lo acepten en carácter de profesor *full-time*. Está en correspondencia con toda clase de ateneos, universidades, bibliotecas, de repúblicas latinoamericanas, proponiéndose para que lo inviten. Cuenta eso; dice: “Estamos en gestiones”... Cuando fue a Bogotá contó: “El automóvil del motor me esperaba en el aeropuerto”. Eso es todo lo que vio el poeta; sin embargo en Bogotá había gente, había casas, había tardes». BIOY: «Se le ve como un francotirador peleando su guerra por la vida». BORGES: «Es una ilustración del *struggle for life*... Ahora le faltan dos o tres mil pesos para poder comprar el departamento. Plantea eso como una deficiencia del vendedor, no suya».

BORGES: «Como dijo Chesterton, uno se pasa la vida descubriendo que los otros tienen razón. Hoy, en contra de lo que siempre sostuve, Cervantes, Lope, aun Góngora, me parecen superiores a Quevedo. Quién sabe si todos no tienen razón y el mejor poeta español es Fray Luis. Quevedo es una suerte de malevo, un espadachín. Si leyó mucho de nada le sirvió. Parece de cartón, sin alma: a diferencia de Cervantes no es capaz de sentimientos ni de ternura. Es un retórico, pero su retórica no es buena, porque no nos convence de su sinceridad. Si nos dije-

1. Probablemente cita el prólogo de Schiller a su *Wallenstein* (1799): «*Schwer ist die Kunst, vergänglich ist ihr Preis* [Serio y pesado es el arte; / fugaces, sus premios]».

que a Quevedo no le importaba nada del duque de Osuna no nos comprendería; diríamos: “Eso no tiene nada que ver”. Sin embargo, si el asunto fuera convincente, debería parecernos imposible. Comprenderíamos que sólo piensa en palabras, frases, simetrías. ¿Qué me decís de escribir un poema:

*No he de callar por más que con el dedo...?*

Ese dedo no es muy afortunado. Tal vez proviene de algún latino. Quevedo avanza imprudentemente por sus versos, sin preocuparse de lo que cada rima le impondrá (así le salen algunas; de todos modos es más afortunado que Godel, que en esto lo imita). ¿Qué será lo mejor de Quevedo? Los *Sueños* son una idiotéz. ¿El *Marco Bruto*?». BIOY: «No. Los sonetos. Parte del mérito, desde luego, corresponde a la forma del soneto». BORGES: «Sí, los sonetos. En la *Vida del Buscón*, al principio todos se ríen del protagonista y luego el protagonista es un malevo que se ríe de los demás. La verosimilitud o la unidad no interesan a Quevedo. Él está únicamente atento a sus bromas. Traté, por amabilidad, de discutir con Guillermo, pero es imposible. Le dije que yo prefería ahora a Góngora sobre Quevedo. Contra todo lo previsible, se puso a exaltar a Quevedo contra Góngora. Dijo que Góngora era trivial y que yo siempre había preferido a Quevedo, así que no puedo cambiar de opinión. No se deja sobornar por la estrategia de atacar un escritor español para defender a otro. Sospecha de uno». BIOY: «Defiende su pequeño capital. Teme que si desata uno se quede sin ninguno. Si Quevedo viviera hoy sería franquista, partidario del gobierno». BORGES: «Guillermo me dijo que no se podía pagar a los autores fuera de su época, y que en su época todo el mundo era como Quevedo. Para no citar a autores extranjeros no le dije que Montaigne no era así; pero le recordé que Cervantes no tenía nada de fantástico: véase *La española inglesa*. Guillermo dijo que había mucha profundidad filosófica en Quevedo; qué va a haber...». BIOY: «No creo que haya una sola idea interesante en las obras en prosa de Quevedo».

BORGES: «Estuve con ese señor Grosso, conocido tuyo, el hijo de aquel caudillo radical de la Recoleta. Me contó que en el barrio, en el Pasaje del Carmen, ocurrió un hecho importante de la Historia del bajo fondo de Buenos Aires. Me dijo: “No hay que creer que el canfinflero era una figura romántica. Eran una verdadera porquería. Los canfinfleros eran criollos; en el Pasaje del Carmen los marseleses, gente organizada y muy superior, los desplazaron. Por todas partes aparecían tira-

**Jueves, 10 de octubre.** Paso a buscar a Borges por la Biblioteca. Allí con Clemente, hablamos de Blas González, que organiza una lista de poemas que piden su permanencia en la Comisión de Cultura. Con Borges vamos a *La Nación*. Allí, con Carmen Gándara y Mallea, discutimos los poemas para el premio. Carmen Gándara hace chistes, que celebra ella misma; mantiene un soliloquio que tiene mucho de diálogo, de conversación generalizada y animada, consigo misma. Mallea acepta dócilmente mi sugerencia de que un poema sobre el general Acha es bueno, y lo usa como término de comparación para los otros. A Carmen le gustan más los sonetos sobre diversos temas de Historia, geografía y otras circunstancias de nuestra realidad. Los lee como una vieja actriz, quizá española, de acentuada pronunciación, no atribuible a la Argentina, acaso a ningún país, con una voz que baja al susurro para efecto dramático, y desatendiéndose totalmente del metro y el ritmo que me induce a creer que los sonetos están escritos en verso libre (Nótese: conozco bien el original; en uno de los elegidos). Después ya no oigo; espero que acabe, erizado de contradicción: no por los sonetos, por la elocución de la lectora. Yo leo la elegía de un amante o novio a su muchacha, poniendo el mayor cuidado en hacerla llanamente. Mallea se conmueve. Dice que este poema es quizá el que más le gusta: «Primero éste, después el de Acha, después quizá los sonetos». Borges también pone reparos a los sonetos: «Están bien hechos, pero uno advierte al hábil fabricante que elige primero los temas y después procede a la versificación. Los otros dos poemas son más espontáneos, más necesarios». BIOY: «La elegía me parece el más sincero, el más directo, el más político. En el de Acha, como en los sonetos, entreveo una inspiración humanista, que toma disfraces y sables de utilería, se emborracha y acomete. Ahí pura poesía veo en esta elegía que es de amor y una tristeza cualquiera delicadamente expresados. Además, y reconozco que esto no tiene importancia, yo diría que hay una armonía visible entre este poema y su autor, me atrevería a decir que el autor es una buena persona». CARMEN: «Lo único simpático de la elegía es que uno adivina eso: que el autor es un muchacho cualquiera y desconocido; pero el poema es cualquier cosa». Por ahí se dice que nadie identificó el envío de Molinari; que Murena es autor de algo titulado *La lengua sola* (o *independiente*, o algo así); que Margrini es autor de los poemas cursis firmados «Moby Dick»; que Aimé Puigcado, pese al inmundo título (casi tan débil como el de Murena) reúne excelentes sonetos. Borges insiste —clama en el desierto— en que hay unos entrerrianos que no se confunden. Uno de ellos, indudablemente, es el amigo Mastronardi: qué bien sería que hubiera mandado un gran poema

que bien sería premiarlo. No sabemos si es el suyo un poema que parece una parodia de su estilo (en mi libreta dice: «Poema de un aplicado discípulo de Mastronardi, o tal vez del *ipsissimo*»). Dejamos a Mallea en su casa; lamentamos que dijo que él no entendía de poesía. BORGES: «Como Victoria». BIOY: «Qué extraño. Pasión por la literatura y no entender de poesía». Sin duda, tuvieron lecturas muy diversas de las mías».

BORGES: «Molinari anda diciendo que ya sabe cuál es el poema que será premiado: uno firmado *Acha*. La confusión entre forma y tema es difícil de salvar. Alguna indiscreción le llegó y ¿por qué dice eso? ¿Porque el autor?». BIOY: «Creo que no. Creo que la jugada es hostil, para detener un poco el golpe, para adelantarse, quizá para trabarnos, para que tal vez no premieemos el poema sobre el general Acha». BORGES: «En estos momentos habrá mucha gente como loca: poetas, novias, amantes, familias, grupos literarios». Comemos. Con sueño, con pereza, releemos los poemas elegidos. Ahora Borges prefiere el de Acha o los sonetos: «La elegía recuerda a Gégaldy, *Toi et moi*». No sé hasta dónde no obran sus prejuicios en contra del amor, en favor de lo épico. Yo me siento bastante desahogado, porque ningún poema me gusta totalmente. BORGES: «A uno le gustan por momentos». Borges prefiere los sonetos. BORGES (*un poco en broma*): «¿Y Mallea? Siguiéndonos atacó los sonetos, que prefería Carmen, y ponderó a la elegía y al general Acha. ¿Qué hacemos con Mallea?».

**Viernes, 11 de octubre.** Come en casa Borges.

**Sábado, 12 de octubre.** Comen en casa Peyrou y Borges. BORGES: «Me siento bastante mal. Hay una chica, de la que estaba muy seguro. Cuando me fui a Texas, cuando me fui a Inglaterra, nos escribíamos. Apuré la vuelta en un día, para verla un día antes. Como tengo bastante plata en el banco y pienso que puedo casarme, se lo dije. Me contestó que las cosas habían cambiado, que hay otro. Fue algo tan inesperado... Me explicó que ella era muy tímida, que por eso no me lo había dicho. Yo creo que lo mejor es dejar de verse, para no caer en la abyección, en los celos, en los reproches; para no contaminar todo el pasado. Estoy triste con todo el cuerpo. Lo siento en las rodillas, en la espalda». Silvina me había dicho: «Borges está de nuevo mal. Está pálido».

BORGES: «Parece un destino circular al que estoy condenado. Esta situación se repite, cada tantos años. Para consolarme me digo que las otras mujeres, que olvidé, fueron tan importantes como ésta... No es un consuelo pensar que le queda a uno la amistad: me queda la amistad de Ceci-

lia [Ingenieros], y no me importa nada. Me paso el día imaginando conversaciones con esta chica, lo que me dirá. Eso no está bien». BIOY: «No te pongas no verla nunca; proponete pasar unos días sin verla; cuando no puedas más, la ves; después tratá de pasar una cantidad de días mayor que la anterior, sin verla; así, por un sistema mecánico, te alejarás de ella. El tiempo existe. Uno olvida todo: lo que quiere olvidar y lo que no quiere olvidar». BORGES: «Como decía Reyes, el tiempo anda sin nuestra colaboración».

**Domingo, 13 de octubre.** Después del almuerzo vamos a San Isidro, con Borges y con Guillermo de Torre. Allí hay un novelista alemán, gente de la embajada alemana y de la embajada francesa, y la *troupe* de Victoria. Un agregado de la embajada alemana dice que van a mandarlo a otra parte; que hace tres años que está aquí. Lamenta no quedarse uno o dos años más: «Buenos Aires es una ciudad tan grande y compleja». Borges comenta: «Todavía le faltará conocer Floresta y Villa Soldati».

De vuelta de San Isidro viene con nosotros, en el coche, Alicia Jacinto. Dice que Estela Canto la visitó y le contó que entre ella y su hermano escribieron *Luz era su nombre*; que pusieron un poco de suspense, un poco de acción policial para Borges y Bioy, un poco de religión para Carmen Gándara, un poco de interpretación del país para Mallea; que seguros de que a ellos no les darían el premio (por comunistas) apalabraron a un fulano, un empleaducho, que a último momento se echó atrás; pensaron entonces en Golly Moyano: por bruta no se negaría; concertaron que en caso de premio, se lo repartirían por mitades entre Golly y ellos. Borges (a mí): «Entonces Estela se asonsó con los años. Yo la creía inteligente. Vos me dijiste alguna vez que no era inteligente, que era sonsa». Alicia: «¿Por qué? ¿No creés en esta historia?». BORGES: «Bueno. ¿Quién va a creer? Vos no creés. ¿Así que una persona escribe un libro y paga a otro para que lo firme? Esto nunca ocurrió. Generalmente una persona le paga a otro para que le escriba un libro, como Ottocar Rosarion». Bioy: «Todo el edificio se apoya en el supuesto —que nadie rechaza— de que nosotros no les daríamos el premio. Por grande que fuera el disgusto que nos llevaríamos al abrir el sobre, no nos quedaría otro remedio que darle el premio: para abrir el sobre hay que romper el lacre. ¿Qué diríamos después al autor birlado? ¿Cómo quedaríamos ante todo el mundo, cuando el autor nos acusara? Aparte de que abre el sobre un escribano y dice que nosotros obramos correctamente». BORGES: «¿Como si no hubiera existido Defoe, como si no existieran las novelas, la gente cree que si una historia es detallada tiene que ser verídica? Qué idiotas, Dios mío». Bioy:

Alicia): «Golly llama continuamente a casa para leerme un cuento. Victoria, compará ese cuento con la novela y resolvé si la escribió o no». Alicia: «Por nada voy a llamar a esa mujer...». BORGES: «¿Y qué me decís de la inutilidad de decir, o creer, que las novelas se escriben con esa deliración: una pizca de catolicismo, dos cucharadas de enigma policial? Los libros van saliendo como Dios quiere. Nadie escribe así. ¿Y qué me decís de Patricio, que en todos los años de la vida no escribió más que uno o tres artículos, y ahora escribe una novela, para que la firme otra persona, a quien le paga por la firma?».

Por la noche, Borges come en casa. Escribimos una página del cuento de Bonavena: primero chabacanamente, después en estilo normal. Cuando estamos trabajando, en mi escritorio, oímos ruido de agua, como si una canaleta desbordara: llueve. BORGES: «Es una lluvia *uncanny*. Todo el tiempo llueve, inopinadamente. A mí ya estas lluvias me desagradan».

Como una mentira de Ghiano cuenta Borges: «Ghiano dice que no aceptó el nombramiento de Director de Cultura porque le ponían como condición que exigiera mi renuncia a la dirección de la Biblioteca». BIOY: «Pensaría muy mal del gobierno si te pidieran la renuncia». BORGES: «¿Por qué? Los puestos no son para siempre. Hay que apoyar a este gobierno». BIOY: «Sería un pésimo indicio que te pidieran la renuncia». BORGES: «Bueno, sí. De cosas mucho más graves».

Me refiere los desaires sucesivos que le hacen en la Facultad (presidida por Romero): no lo llaman nunca al Consejo, no lo dejan entrar solo en la biblioteca, etcétera. BORGES: «Por todos los medios quieren que renuncie». Bioy: «Tengo mejor ojo que vos para la gente», pienso. Digo en voz alta: «Siempre me pareció un tipo basto y sin inteligencia, José Luis Romero». No me explico por qué fue amigo de Borges durante un tiempo: la vecindad en el hogar no basta. Madame Borges, con el respeto por el sol que más calienta y las figuras aceptadas, tuvo su parte, según resulta.

Habla Borges de su hermana, que no recibió el Premio Palanza. «No me importa», dice Norah. «Sería un estímulo», dice su madre. «No necesito estímulos», dice Norah.

**Lunes, 14 de octubre.** Reunión del jurado en La Nación. De acuerdo: otorgar premio, los sonetos; señalaremos entre seis y diez originales.

Come en casa Borges. Redactamos la frase relativa a los poemas que deseamos mencionar: «Entre las dos mil cuatrocientos noventa y nueve composiciones presentadas, el jurado quiere señalar, por la excelencia de sus méritos, las que llevan los seudónimos y números siguientes...».

en la realidad cosas para comentar, que llega a casa como un viajante con su valijita y la abre para mostrar las riquezas que ha encontrado —rasgos absurdos o nobles de la gente, versos o frases, observaciones de la literatura— no tenga ninguna renuencia en desaparecer, en cesar. Creo, en cambio, que está bastante preocupado por ese momento que se nos acerca. ¿No lo he visto irse del país llorando? Sabe que es inevitable y que después del mal paso no lo afectará; entonces opta por quitarle toda importancia, como hacemos todos, cuando lo tenemos lejos (salvo, en algunos casos, cuando nos abocamos a considerarlo y para ser sinceros señalamos una incoherencia entre la amplitud de la imaginación —de la conciencia, también— y el hecho de la muerte) y se da ánimo imaginando que desea ese descanso (que tampoco sentirá).

BIOY: «He hecho un descubrimiento: yo siempre pensé que los *com-monplace books*, los libros de citas, se compilan por gusto y para publicarlos un día o para dejarlos para la posteridad. Me equivocaba. Parece que, por lo general, corresponden al deseo del compilador de pertrecharse con temas de conversación, con réplicas eruditas, etcétera». BORGES: «Qué triste». BIOY: «Me lo probaron lecturas de Boswell y de cartas del comienzo del siglo XIX, por lo menos con relación a esos casos concretos, que deben de ser la regla».

**Viernes, 26 de febrero.** Comen en casa Borges y Noemí Ulla. BORGES: «Está científicamente probado» es un exordio que indica que lo que se va a oír es mentira». Cuenta que una venezolana vino especialmente a verlo porque quiere escribir un libro que se titulará *Borges y la filosofía*. Resultó que esperaba que Borges le dijera cuál era su filosofía, en qué relatos y poemas la manifestaba y que le propusiera el índice de ese libro. Borges le dijo que ella había decidido escribirlo y que él no iría más allá de agradecerle su interés. La mujer protestó. «Pero, ¿entonces tendré que leer íntegramente sus *Obras completas*? Usted ha escrito mucho.» BORGES: «Sí, demasiado. No creo que nadie haya leído entero el tomo de las *Obras completas*». La mujer preguntaba: «¿Cómo hago para establecer el índice? ¿Qué método sigo?». BORGES: «Lo que quería era publicar un libro. No leer, ni pensar ni siquiera escribir. Confiaba en que yo se lo escribiera». BIOY: «No creas que hoy ese plan es insólito. Sé de por lo menos dos personas que abandonaron el proyecto de escribir un libro sobre mí cuando comprendieron que yo no se los dictaría». BORGES: «Todos los días, Alifano me propone, como cosa de él, lo que yo le dije la víspera. Sus cuentos se parecen a los míos, con leves variantes. A veces mantiene

hasta el nombre de los personajes. Yo me siento un poco incómodo; pero tampoco es cosa de parecerse a Wordsworth, ¿te acordás? Cuando Emerson lo visitó, al rato de que Emerson le explicara algo, Wordsworth se lo repitió como cosa de él y cuando finalmente Emerson le dijo: «Pero eso es lo que yo estaba diciendo», protestó: «No, *this is mine, mine!*»».

Una profesora de California, creo que argentina o al menos sudamericana, aseguró a Borges que ella, como primera medida, pedía a los alumnos que leyeran un diccionario de sinónimos, para que tuvieran suficiente vocabulario y nunca repitieran una palabra en la misma página. BORGES: «Creo que además dirige un taller literario. ¿Te imaginás cómo escribirán sus discípulos? ¿Por qué no va a poder uno repetir las palabras? Las repeticiones son naturales y evitan que el lector se sorprenda con los sinónimos». BIOY: «Mi regla es no emplear una palabra que pueda sentirse como sinónimo de otra, de la más natural».

BORGES: «Tenías razón. La gente dice ahora *por nada* en lugar de *de nada*. Ayer alguien me dijo *por nada*». BIOY: «Estoy volviéndome tan irritable como cualquier gramático español del siglo XIX. Más de una vez me ha pasado. Una persona me hizo un favor, siento afecto por ella, le digo *gracias*, me contesta *por nada* y siento odio por ella». BORGES: «Yo también siento odio por los que dicen *búsqueda* y *no lo escucho* o *no le escucho*».

**Sábado, 27 de febrero.** Comen en casa Borges y Paz Leston. BORGES: «Estuve leyendo las *Soledades* y el *Polifemo*: son activamente feos. Leí todo *Polifemo*: es horrible. Góngora, en *Polifemo*, se especializa en la fealdad vistosa. Le gustan palabras como *corcho*, *escamas*, *chupar*, *vomitarse*, *nácary perlas*. Le gusta un sistema de balanzas con platillos que se estabilizan, bajan o suben: si dice que algo es noble, otro es humilde, esto blanco, esto negro, todo articulado por palabras como *aunque*, *no tanto*, *sin embargo*, *no menos*. Esto es un error: como la literatura es una máquina, debe ser clandestina, un poco misteriosa. El de Góngora es un mundo de mecanismos verbales. No imagina lo que dice y es esencialmente grosero: escribir que el agua del Nilo *vomita* riquezas<sup>1</sup> es una grosería y una estupidez. ¿Cómo no advierte que ese verbo no le conviene? Quería usar palabras latinas, y eso le bastaba. La idea que tenía del ingenio era bastante rara. Cualquier oposición, negro-blanco, muerte-vida, lo atraía y le parecía ingeniosa. Dámaso Alonso ha prosificado *Las soledades*, es decir ha que-

1. «De cuantas vomitó riquezas grave, / Por las bocas del Nilo el Oriente» [*Fábula de Polifemo* y *Galatea* (1613), octava LV].

1986

**Viernes, 14 de febrero.** Ferrari me dice que está preocupado por la falta absoluta de noticias de Borges. Dice que Fanny también está preocupada. Al rato me confiesa que Fanny le contó que según el nuevo médico Borges está en una clínica, probablemente en Ginebra. El nuevo médico, no sin reticencias, finalmente lo había autorizado a viajar, previniéndole: «El frío de Europa no es nada bueno para usted».

Borges me dijo: «No estoy nada bien. No sé cómo me irá. Tanto da morir en una parte o en otra». A Fanny le habría dicho: «Ojalá que en este viaje me muera». (Sin embargo, últimamente Borges recordaba el proverbio chino que dice: «No hay hombre tan joven que no pueda morir mañana, ni hombre tan viejo que no pueda vivir un año». ¿No es que desea morir? Pienso que proclama eso porque es más fácil expresar el deseo de morir que el deseo de seguir viviendo. Además, el que desea la muerte es un filósofo valiente y al que desea seguir viviendo es un mentecato ofuscado y ególatra.)

Fanny tiene la intención de hablar con el médico y averiguar el nombre y la dirección de la clínica.

**Lunes, 17 de febrero.** Ferrari me dice: «Hay noticias de Borges». Mejoró mucho su salud. Aprovechando la mejoría se irán a la India (donde la embajada argentina abre sus oficinas de noche, porque de día el calor es excesivo). Ferrari está considerando la idea de ir a Europa a acompañarlo. Me parece bien, aunque por momentos temo que Borges vea como grotesca la llegada de este redentor.

**Jueves, 1º de mayo.** Noticias contradictorias sobre Borges. Dudas so-

bre si se casó. Alifano, Roy Bartholomew, María Esther Vázquez llaman preguntando por él.

**Sábado, 3 de mayo.** Me contó Alifano que una vez alguien mencionó a Battistessa, y Borges reflexivamente murmuró: «Ángel J. Battistessa, que se escuda tras del seudónimo de *Ángel J. Battistessa*», para concluir, después de una pausa: «La puta que lo parió».

**Lunes, 12 de mayo.** Hoy hablé con Borges, que está en Ginebra. A eso de las nueve, cuando íbamos a tomar el desayuno, llamó el teléfono. Silvina atendió. Pronto comprendí que hablaba con María Kodama. Silvina le preguntó cuándo volvían; María no contestó a esa pregunta. Silvina habló también con Borges y volvió a preguntar: «¿Cuándo vuelven?». Mexió el teléfono y hablé con María. Le comuniqué noticias de poca importancia sobre derechos de autor (una cortesía, para no hablar de temas patéticos). Me dijo que Borges no estaba muy bien, que oía mal y que le hablara en voz alta. Apareció la voz de Borges y le pregunté cómo estaba. «Regular, no más», respondió. «Estoy deseando verte», le dije. Con una voz extraña, me contestó: «No voy a volver nunca más». La comunicación se cortó. Silvina me dijo: «Estaba llorando». Creo que sí. Creo que llamó para despedirse.

**Sábado, 14 de junio.** En la Confitería del Molino me encontré con mi hijo Fabián, al que regalé *Un experimento con el tiempo*, de Dunne, comprado en el quiosco de Callao y Rivadavia (después de cavilar tanto sobre este encuentro, dar con ese libro me había parecido un buen augurio). Se lo recomendé y le dije que le iba a dar una lista de libros. Después de almorzar en La Biela, con Francis Korn, decidí ir hasta el quiosco de Ayacucho y Alvear, para ver si tenía *Un experimento con el tiempo*: quería un ejemplar de reserva. Un individuo joven, con cara de pájaro, que después supe que era el autor de un estudio sobre las *Eddas* que me mandaron hace meses,<sup>1</sup> me saludó y me dijo, como excusándose: «Hoy es un día

1. Según Ricardo Ragendorfer [«Adolfo Bioy Casares y los que aman, odian», *La Primera*, n° 140 (2002)]: «En el atardecer del 14 de junio de 1986 los noticieros comenzaron a informar sobre la muerte de Jorge Luis Borges [...]. Poco después llegó *Cachi* a mi casa; se trataba de un psicólogo algo chiflado, que desde hacía años corregía un ensayo suyo sobre las *Eddas*. Se lo veía exaltado. Yo, como al pasar, le mencioné con cierta pesadumbre lo de Borges. Y ése era justamente el motivo de su exaltación. “Me lo acabo de cruzar a Bioy Casares y le comenté el asunto —dijo, atragantándose con las letras—. Por la cara que puso, me di cuenta que [*sic*] el pobre no sabía nada. Fui yo el que le dio la noticia».

muy especial». Cuando por segunda vez dijo esa frase le pregunté: «¿Por qué?». «Porque falleció Borges. Esta tarde murió en Ginebra», fueron sus exactas palabras. Seguí mi camino.

Pasé por el quiosco. Fui a otro de Callao y Quintana, sintiendo que eran mis primeros pasos en un mundo sin Borges. Que a pesar de verlo tan poco últimamente yo no había perdido la costumbre de pensar «Tengo que contarle esto. Esto le va a gustar. Esto le va a parecer una estupidez». Pensé: «Nuestra vida transcurre por corredores entre biombo». Estamos cerca unos de otros, pero incomunicados. Cuando Borges me dijo por teléfono desde Ginebra que no iba a volver y se le quebró la voz y cortó, ¿cómo no entendí que estaba pensando en su muerte? Nunca la creemos tan cercana. La verdad es que actuamos como si fuéramos inmortales. Quizá no pueda uno vivir de otra manera. Irse a morir a una ciudad lejana tal vez no sea tan inexplicable. Cuando me he sentido muy enfermo a veces deseé estar solo: como si la enfermedad y la muerte fueran vergonzosas, algo que uno quiere ocultar».

**Martes, 17 de junio.** Veo una entrevista de Borges con Antonio Carrizo, por televisión. Me parece estar con Borges vivo. Yo, que no creo en otra vida, pienso que si Borges está en otra vida y yo ahora me pongo a escribir sobre él para los diarios, me preguntará: «*Tu quoque?*».

Borges, que no admiraba a Guido y Spano, solía recitar con agrado la estrofa de «Nenia»:

*¡Por qué, cielos, no morí  
cuando me estrechó triunfante  
entre sus brazos mi amante,  
después de Curupaití!*

**Domingo, 22 de junio.** A veces sospecho que Borges era el autor de cuartetas y frases que atribuía a la tradición oral: al callar la autoría, se mostraba ante sí mismo libre de vanidad y lograba más fácilmente la aceptación de la pieza que proponía: nos resistimos a memorizar los versos del colega o del amigo, pero con gusto recogemos las citas que nos comunica, de otros autores o de la tradición anónima.

En los años cuarenta, al llegar, solía repetir estas palabras, especie de saludo, de un actor de radio, o de varieté: «¿Cómo? ¿No me reconocen? Soy el popular Pancho Staffa». (En este caso, creo que la frase y el personaje no son invenciones de Borges; podrían serlo.)

**Miércoles, 2 de julio.** Busco en la biblioteca un libro cualquiera. Ninguno me parece hospitalario. Tomo por fin un volumen encuadernado, muy viejo: *Des tropes ou Des différens sens dans lesquels on peut prendre un même mot dans une même langue*, de M. du Marsais (Paris: Imprimerie de Prud'homme, 1811). En la última página descubro una inscripción entre paréntesis, de letra de Borges: «(15 de septiembre de 1939)». Sin duda me dio el librito como regalo de cumpleaños.



1987

**Febrero.** Las personas que me hablaban acerca de la muerte de Borges en Ginebra, lo hacían polémicamente, a favor de María, o contra María; quizá a favor de la familia o de la cocinera Fanny. Yo, que no quería azuzar inquinas que se entrecruzaban en la posteridad de Borges, más de una vez afirmé: «Borges me dijo que para morir da lo mismo un sitio que otro. Ginebra no era para él un destierro. La recordaba siempre con *malas* talgias. Y qué lujo: tener un amor, y aun mal de amores, a los ochenta y tantos años». Todo esto es verdad, pero ahora siento que es quizá una verdad un tanto superficial que en esos momentos empleaba para defenderme de personas tan interesadas en la satisfacción de sus aversiones, que parecían no sentir tristeza por la muerte de mi amigo.

Quisiera creer que la muerte de Borges no fue tan desolada como la imagino. Yo quiero entrañablemente a París, pero sin duda preferiría morir en Buenos Aires. Todo puede volverse diabólicamente extraño al enfermo (Silvina, cuando regresó del hospital, no reconocía su casa); de todos modos, parece que las cosas que lo ayudan a sentirse en un ambiente familiar (en la acepción de conocido, de siempre) son favorables. No creo que Borges se haya sentido rodeado de las cosas y de las personas de siempre. Ojalá me equivoque.

Murió en la compañía de María, en la de Bernès y quizá en la de Bianciotti. María era su amor, y esto me llevó a decir: «Volvió a los ochenta años, con su amor, al país de los mejores recuerdos». En realidad, María es una mujer de idiosincrasia extraña; acusaba a Borges por cualquier motivo; lo castigaba con silencios (recuérdese que Borges estaba ciego); lo celaba (se ponía furiosa ante la devoción de los admiradores); se impacientaba con sus lentitudes. Junto a ella vivía temiendo enojarla. Por lo demás, María era una persona de tradiciones distintas a las suyas. Borges alguna vez me dijo: «Uno no puede casarse con alguien que no sabe lo que es un poncho o lo que es el dulce de leche». En lugar de poncho y dulce de leche podemos poner infinidad de otras cosas que jamás compartieron María y Borges. Creo que con María podía sentirse muy solo. A Bernès lo conocía superficialmente, de verlo en mi casa. En cuanto a Bianciotti, fue siempre para Borges un personaje ridículo, vanidoso, afectado, afantochado.

Según Silvina, Borges partió a Ginebra y se casó para mostrarse independiente, como un chico que quiere ser independiente y hace un disparate. Yo agregaría: «Viajó para mostrarse independiente y, de paso, para no contrariar a María».

**Lunes, 11 de mayo.** Almuerzo en La Biela con Oscar Peyrou (sobrino de mi amigo), que trabaja en España, para la Agencia EFE, y está por unos días en Buenos Aires. Me cuenta que la última vez que estuvo Borges en España, lo llevaron por los corredores del aeropuerto de Barajas, en una silla de ruedas. Los periodistas, los fotógrafos y la gente que lo esperaba, lo rodeaban y le hablaban mientras avanzaba por los largos corredores. En un momento en que ese gentío se apartó un poco, él se acercó a Borges y le dijo quién era. Borges exclamó: «Oscar Peyrou, el sobrino de Manuel», y lo tomó fuertemente de la mano.

Yo pensé: «El nombre *Peyrou* fue para Borges, en ese momento, entre extraños, un talismán que le evocaba todo el mundo en que había vivido y que ahora se desvanecía».